

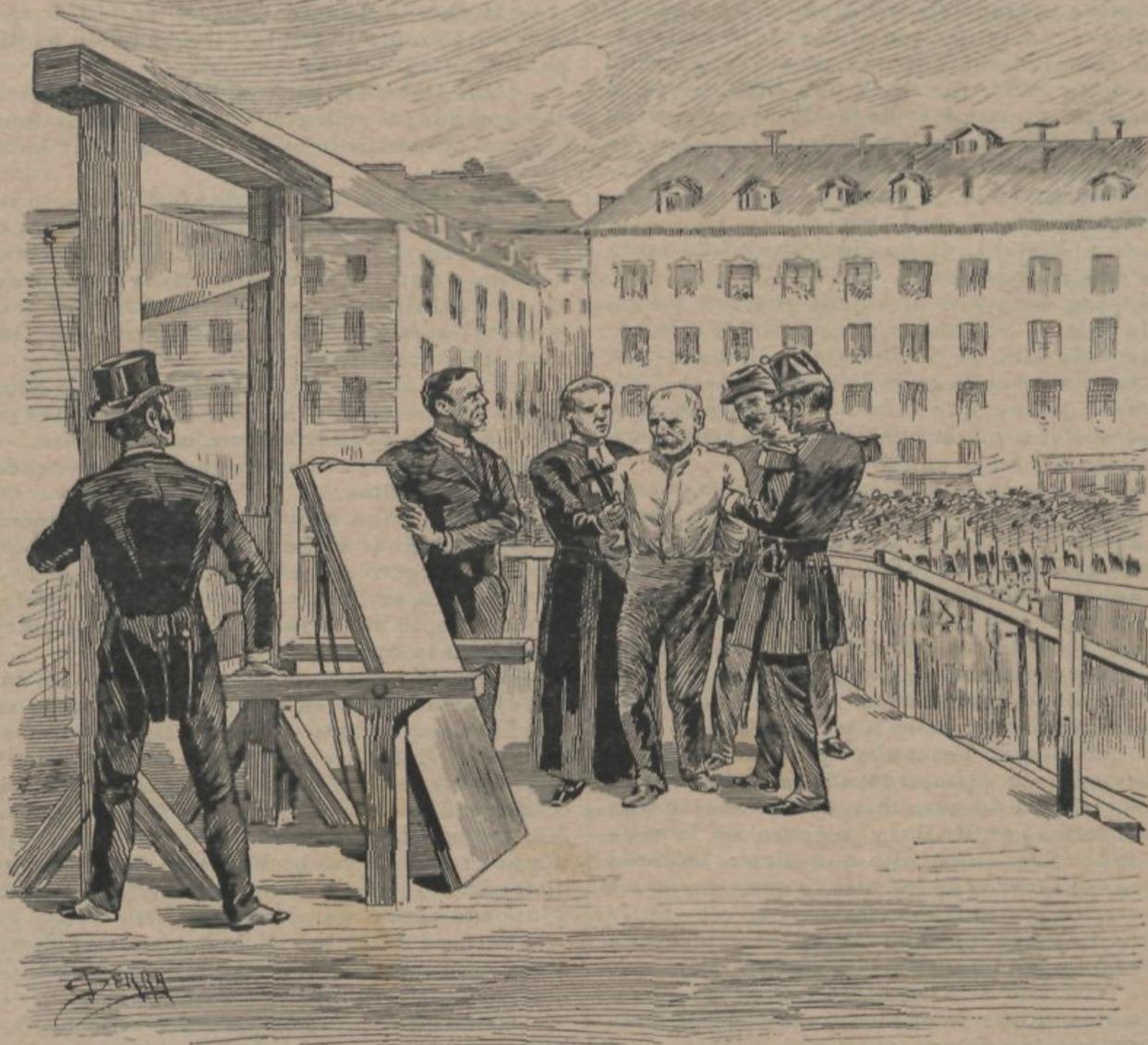
EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ✧ BARCELONA, octubre de 1894 ✧ NÚMERO 2

IMPORTANTÍSIMO

Con el presente número van adjuntas, como regalo, 32 páginas correspondientes al 2.º cuaderno de la novela **Los Voluntarios de la Muerte**. Así es que el precio de esta REVISTA y cuaderno juntos es de **UN REAL**



LA MÁQUINA INFERNAL: Ejecución del anciano Morey

SUMARIO

La máquina infernal (*conclusión*).—El capitán Montaubán.—El caballo blanco (*continuación*).—Variedades.

LA MÁQUINA INFERNAL

(*Conclusión*)

Preguntado Nolland qué sabía de Girard respecto á sus antecedentes, contestó que no le había visto antes más que una vez en toda su vida, añadiendo que, no obstante, podría mostrar la casa donde solía vivir.

Invitado á que lo hiciera, condujo á los agentes á la calle de Cronlebarbe, n.º 10, esquina á la del Chant de l'Alouette, donde indicó la citada casa.

La policía estaba ya realmente sobre la pista: los vecinos de la casa se acordaban bien de un hombre de las señas de Girard; dijeron que era corso y que se llamaba Fieschi; había sido el terror del barrio, y vanagloriábase de que se le hubiera juzgado en otro tiempo por Consejo de Guerra. La mujer con quien vivía en la calle de Cronlebarbe era una moza del partido llamada *la Petit*, que tenía una hija tuerta, é ignorábase el paradero de las dos, pero creíase que la tuerta vivía en la Salpêtrière. La policía estaba muy satisfecha de sus pesquisas. Se condujo á Nolland á la Conserjería para que tuviese un careo con Girard, y al punto reconoció en éste á Fieschi, al hombre que vivía en la calle de Cronlebarbe.

Después se buscó al sujeto que fué á buscar la caja de Nolland, y preguntósele si la había llevado á la de un individuo llamado Morey, habitante en la calle de San Víctor, n.º 23. Contestó que no; que la había llevado á la calle de Long Pont, n.º 11, piso cuanto, y brindóse á conducir allí á los agentes.

Fueron á la casa, y en el cuarto piso encontraron á la persona que necesitaban, es decir, á la muchacha tuerta, llamada Nina Lassave. En su cuarto estaba también la caja, y vióse que aquélla acababa de escribir en un pedazo de papel que iba á matarse. Morey le había entregado sesenta francos para que fuese á Lyon á ocultarse, y tenía algún dinero más por haber empeñado varias ropas de Fieschi. Había ido á la revista y vuelto á su casa con el más profundo pesar, por haber oído decir que el perpetrador del crimen estaba muerto.

Los cañones de carabina retorcidos fueron identificados por M. Bury, armero de la calle de l'Arbre Sec, quien dijo que dichos cañones fueron comprados en su casa, y que eran de los rechazados por el Gobierno.

Nina Lassave, poseída de espanto, hizo una confesión completa el 5 de agosto. Dijo que había visitado á Fieschi (a) *Girard*, pocos días antes, y que le encontró muy ocupado en la construcción de una máquina, de la cual no hizo aprecio alguno, creyendo que era algún trabajo ordinario. Fieschi le advirtió que per-

maneciese fuera de París durante las fiestas, porque probablemente habría disturbios.

—Lo mejor será que no vuelvas, — le dijo, — pues si lo haces no te abriré la puerta.

Nina observó que estaba muy irritado y parecía inquieto, y, á pesar de la advertencia, fué al día siguiente á verle; pero dijéronle que Fieschi se había encerrado con su tío, el señor Morey, hombre de edad avanzada, y que no podía recibir á nadie. Pocos minutos después, al bajar por la calle, vió á Morey y á Fieschi bebiendo cerveza juntos en una taberna. Al divisarla Fieschi, levantóse y corrió hacia ella; estaba de muy mal humor, y ordenóle que se marchara cuanto antes.

El día 28, hallándose en la revista, y al oír la explosión, comprendió al punto que aquello era obra de Fieschi; y como oyese decir que el asesino había muerto, corrió aturdida á la Salpêtrière, empaquetó sus efectos y volvió á París. Quería consultar con los amigos de Fieschi, y fué primero en busca de un tal Pepin, que tenía una tienda de ultramarinos en el arrabal de San Antonio. Como Pepin no estaba, fué á buscar á Morey.

—¡Hola! — exclamó éste al verla. — ¿Qué ocurre? Conque ¿ha sido Fieschi quien ha disparado aquello? ¿Ha muerto?

—¡Oh! Debéis saberlo todo. — exclamó Nina, desesperada, al reflexionar que el único hombre que la quería (ella lo pensaba así) había sucumbido.

Morey confesó, por fin, que había estado con Fieschi; que había ido á una taberna fuera de la Barrera del Trono, para hablar sobre el asunto, y que en el camino Morey se detuvo en una fábrica de papel para devolver á un hombre llamado Bescher el pasaporte que Fieschi le pidiera prestado.

—Esta es una situación horrible, — dijo Nina. — ¡Tantos muertos y heridos! Dicen que el pobre mariscal Mortier era un buen hombre.

—¡Bah! No era mejor que los demás: todos son unos canallas.

—Pero fué una crueldad matar á cincuenta para exterminar á uno solo. Yo no soy más que una mujer; pero si hubiera querido matar al rey, me habría acercado á él con dos pistolas, y, después de hacer fuego con una, me hubiera disparado la otra.

—¡Eh! Fieschi es un tonto: insistió en cargar él mismo tres cañones, aunque nada entiende de esto, y son precisamente los que reventaron. Entonces debió haberse levantado la tapa de los sesos. Le dije que cargara sus pistolas para hacerlo así; mas ya se sabe que perro que ladra no muerde. ¿Querréis creer que iba por todas partes el día antes de la revista, diciendo á unos y á otros que tuvieran cuidado, porque iba á suceder algo?

—Pero no debió ser él quien construyó una máquina como ésa, ni creo que entendiese nada en semejante trabajo.

—Claro que no fué él: yo tracé el plano, y os le hubiera enseñado si no le hubiese roto hace pocos minutos. Los cañones estaban apuntados de modo que no se podía errar el tiro; pero

el animal hizo fuego un segundo demasiado tarde.

Cuando la tuerta y Morey salieron de la casa, éste sacó del bolsillo un paquete de balas.

—Mejor será que me desprenda de esto, — dijo, arrojando el paquete sobre la pared de una cerca.

Morey fué cogido muy pronto; Pepin, el tendero, pudo burlar por el pronto la vigilancia y las pesquisas; mas, al fin, se le encontró escondido en un armario en Magny. También se prendió á un tal Boireau, hojalatero, que pidió un caballo prestado á Pepin, y pasó por delante de las ventanas de la casa n.º 50, á fin de que Fieschi y Morey pudiesen fijar bien la puntería. El llamado Bescher, que prestó á Fieschi su pasaporte, fué detenido igualmente.

La Cámara de los Pares se reunió para la vista de causa el 30 de enero siguiente. La sala del tribunal se llenó de bote en bote, habiéndose pedido como gran favor hasta 17,000 papeletas de entrada.

Fieschi estaba ya completamente restablecido. Era hombre de escasa estatura, enjuto de carnes, de nariz larga, ojos pequeños y cabello corto, que dejaba ver una fea herida en la sien izquierda. Tenía una cicatriz sobre la ceja del mismo lado y una tercera en el ángulo de la boca. Mientras duró la sesión estuvo tomando rapé continuamente y paseando sus miradas por el tribunal, pareciendo que estaba muy inquieto.

Morey era hombre de aspecto pacífico y miraba á su cómplice con expresión desdeñosa; padecía una afección incurable y tenía ya los días contados. Hacíase difícil creer que aquel hombre, de edad avanzada y expresión benévola, hubiese tramado la muerte de su compañero, cargando en demasía tres de los cañones.

Pepin era hombre de aspecto humilde y vulgar, y, al parecer, muy nervioso. Bescher no llamaba la atención por nada. Boireau hablaba de vez en cuando, haciendo alarde de formas retóricas, y, al parecer, estaba tranquilo. Durante la vista de la causa, Fieschi, con la vaga esperanza de salvarse culpando á sus compañeros, refirió toda la historia, mientras que Morey le miraba con calma, escuchándole con desdeñosa sonrisa.

—Toda la trama, — dijo, — fué fraguada por Morey hace ya cuatro años. Cierta día hice esta reflexión: saponiendo que me hallara en una fortaleza con quinientos hombres y se llevase una epidemia la mitad de ellos, ¿cómo se podría defender mejor la plaza con la poca gente que me quedase? Entonces ocurrióme la idea de montar diez y nueve mosquetes en línea, y pensé que con semejante aparato media docena de hombres bastarían para destruir todo un regimiento. La mujer de Morey me vió cuando hacía un modelo y se lo dijo á su esposo, el cual vino á verme y me preguntó qué era aquello. «—Una máquina, — contesté yo, — que hará desaparecer á Carlos X y á toda su familia». Sin embargo, la máquina era demasiado complicada, pues los mosquetes hallábanse alineados en baterías, y, además, eran de los

que necesitan pedernal. Como quiera que sea, expliqué mi trabajo á Morey, que se guardó el modelo en el bolsillo, sin decir lo que pensaba hacer con él.

No obstante, pronto le ocurrió á Morey que había algo en la idea, y juntamente con Fieschi y Pepin calculó que el gasto probable ascendería á 500 francos. Por indicación de Pepin, reuniéronse cierto día, después de comer, en el cementerio del Padre La Chaise, y convinieron en ir á despoblado para hacer varios experimentos con regueros de pólvora. Morey diseñó ésta; Pepin aplicó un fósforo; pero se apagó. Entonces Fieschi prendió fuego á la pólvora en el centro, y los otros gritaron:

—¡Ahora va bien!

Terminadas las pruebas, fueron á un restaurant de la Barrera de Montreuil, y allí brindaron por el éxito de su empresa.

Boireau (dijo Fieschi) les había prestado útiles para perforar el oído de dos cañones de fusil; pero Morey fué la cabeza y el instigador de la trama. Había concebido la idea de alquilar una casa cerca de la Cámara de los diputados para hacer volar al rey y los príncipes el día en que se abriese la legislatura. ¡Ah! Morey era un gran hombre, y una vez dijo:

—Uno de estos días tendré al rey en la punta de mi carabina.

Morey era tirador famoso y siempre ganaba los premios en los certámenes.

—En cuanto á mí, — dijo Fieschi pomposamente, — no soy ningún asesino, pues trabajé para ganarme el pan mientras estuve ocupado con la máquina. El asesino es un hombre que mata por dinero. Viviré en la memoria de los hombres como un gran criminal; mas no como un asesino. Siempre pagué lo que se me daba ó compraba. Los comestibles, el azúcar y otras frioleras que recibí de Pepin, todo se lo aboné puntualmente.

Morey había llevado la pólvora y las balas al n.º 50, y el día 27 se ocupó en cargar la mayor parte del aparato, en el que empleó tres horas para montarlo. Fieschi debía prender fuego, y al examinarse los cañones observóse que tres de éstos tenían exeso de carga, siendo, sin duda, la intención de Morey que reventasen y mataran á Fieschi.

Morey se marchó poco después de las seis de la mañana. A las once, después de haber visto á Boireau pasar á caballo y de poner en posición la máquina, Fieschi fué á su casa á dormir.

Al día siguiente se encontró con Morey en la calle Basse du Rempart. Los dos hablaron un corto rato en sentido revolucionario para conservar buen ánimo, y engañarse á sí propios con la creencia de que prestaban á Francia un gran servicio. Después Fieschi fué á la casa fatal, y ya sabemos el resultado.

El 15 de febrero, á los diez y siete días de haber comenzado la vista de causa, el tribunal pronunció el fallo.

Fieschi, Morey y Pepin fueron condenados á muerte.

Boireau á veinte años de reclusión, y vigilancia el resto de su vida.

Bescher fué absuelto.

Fieschi pronunció un largo discurso para probar que estaba arrepentido; Pepin protestó de su inocencia; Morey no hizo nada y mostróse indiferente á todo.

Llegado al patíbulo, Fieschi dijo:

—Es muy triste, á la verdad, que yo sea el primer hombre á quien se ejecute por causas políticas desde 1830.

Pepin apostrofó á Fieschi, diciéndole:

—¡Soy tu víctima!

migos para aniquilarlos y arruinar su comercio.

No es mi ánimo extenderme en este relato, dando cuenta de todos los viajes que hice y de mis aventuras en las costas de América durante veinte años, á lo cual podría agregar mi expedición de 1691, cuando asolé la costa de Guinea, y, remontando después el río Sierra Leona, tomé á los ingleses un fuerte defendido por veinticuatro cañones, los cuales clavé para inutilizarlos. Me limitaré aquí á los incidentes



Buque de guerra de á fines del siglo XVII

El anciano Morey tuvo que ser conducido al patíbulo, y se limitó á decir:

— No es valor lo que me falta, sino piernas.

EL CAPITÁN MONTAUBAN

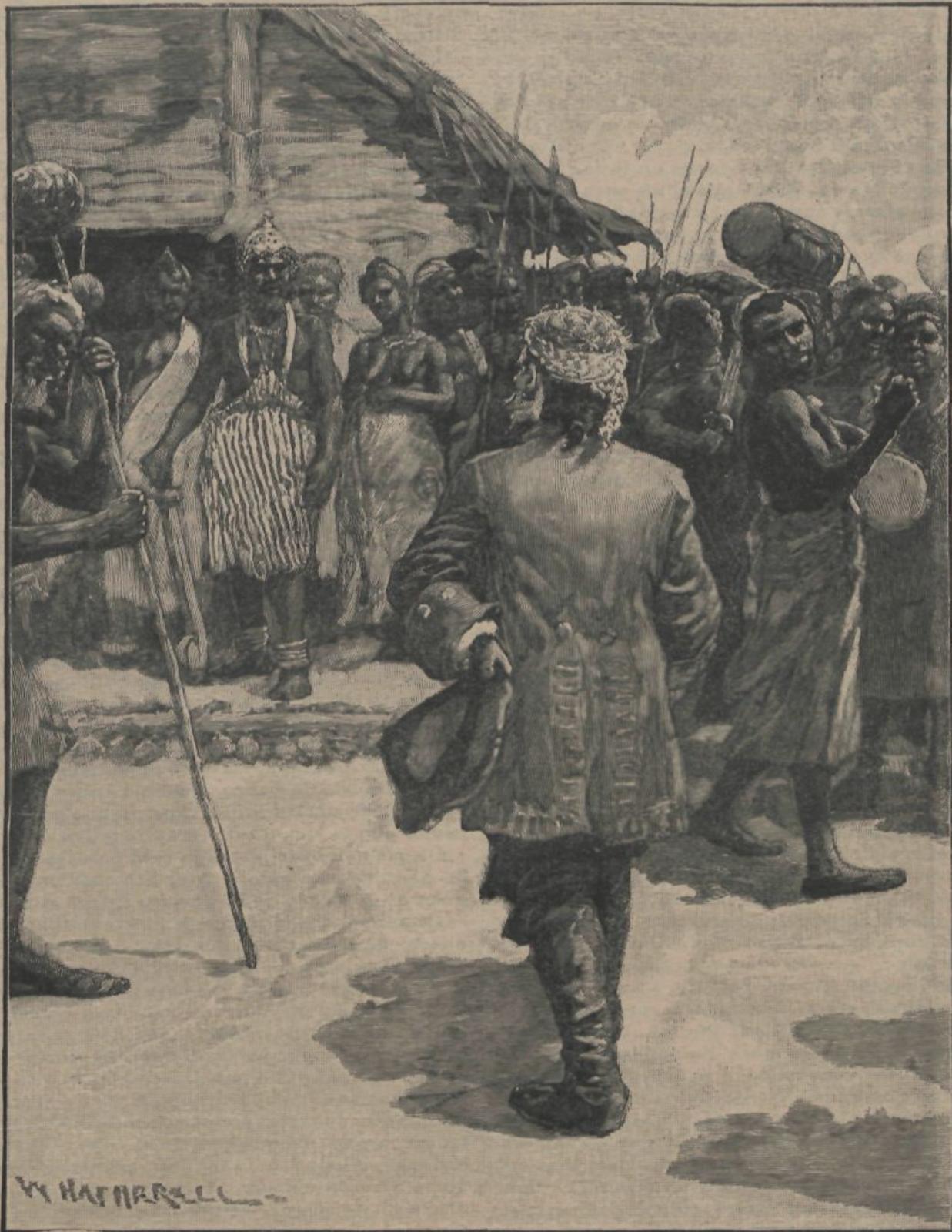
EL TERROR DE LOS MARES

Como he sufrido tan á menudo la maligna influencia de las estrellas que en los mares presiden, y por mi adversa suerte perdí toda la riqueza que con tanto trabajo conseguí acumular, no es para mí nada grato recordar los desastres de que fui víctima antes de terminar mi última expedición. Sin embargo, el deseo de servir de algo, así al público como á los particulares, demostrando á la vez mi fidelidad en su servicio, indújome á comunicar mis observaciones á M. de Philippeaux, quien podrá reconocer también con qué afán penetré en las más remotas colonias de nuestros ene-

que precedieron y siguieron á la explosión de mi buque.

En 1694, después de haber devastado la costa de Caragua, hice rumbo hacia Santa Cruz, por haberseme dicho que una flota inglesa de Larcos mercantes se dirigía á su país, protegida por un convoy. En la latitud de las islas Bermudas la avisté de repente, dirigiéndose hacia mí, sin temer aparentemente ningún peligro. En su consecuencia, atacué al convoy, que era el buque llamado *Wolf*, y apoderéme de él, así como de otros dos barcos mercantes; pero los demás escaparon durante la lucha. Cuando conducía mis presas á Francia me encontré con un buque inglés de diez y seis cañones, que se dirigía desde España á Inglaterra, y, después de un breve combate, rindió el pabellón. Lo vendí en la Rochela y conduje después las otras tres presas á Burdeos, en septiembre de 1694, para buscar allí compradores.

Entretanto, mi tripulación, que había esta-



EL CAPITÁN MONTAUBÁN: Para dispensarme un honor, el rey avanzó algunos pasos fuera de su vivienda

do largo tiempo ausente de Francia, se permitió algunas libertades, como compensación de las fatigas que había sufrido. Así los comerciantes como sus amigos adelantáronles dinero sin vasilar, suponiendo que serían ricos cuando recibiesen la parte que les correspondía en las presas. Pasaron toda una noche entregados

á toda clase de diversiones, y al día siguiente recorrieron las calles de la ciudad en forma de mascarada, dejándose conducir algunos en sillas con hachas en la mano. La consecuencia de sus locuras y desenfreno fué la muerte de varios tripulantes.

Después de buscar otros hombres jóvenes

para reemplazar á los que había perdido, abasteci de víveres mi buque, de treinta y cuatro cañones, y me hice á la vela en Burdeos en febrero de 1695, con la intención de hacer un viaje á la costa de Guinea. Cruzamos por las Azores y las islas Canarias en busca de buques holandeses, pero sin encontrar ninguno, y después me dirigí hacia las islas de Cabo Verde, donde ví anclados dos buques en las aguas de la isla de María. Envié mis botes para reconocer qué eran, y supe que iban armados de treinta cañones cada uno, por lo cual resolví abordarlos, á cuyo fin me acerqué más; pero, sospechando mi designio, no juzgaron prudente esperar á que yo llegase, y, cortando sus cables, se alejaron. Los perseguí durante todo el día; mas, habiéndolos perdido de vista al acercarse la noche, volví á las aguas en que antes se hallaban, para recoger las anclas y cables que habían dejado y sumergir los botes, que también abandonaron allí.

Después hicimos rumbo hacia San Vicente, una de las islas de Cabo Verde, para abastecernos de leña y agua, y allí supe que dos buques ingleses, montando de veinte á treinta cañones cada uno, estaban entonces en la isla del Fuego. Salí en su busca; pero cuando llegué habían marchado ya. Mandé gobernar en dirección á la costa de Guinea, y en el Cabo de Tres Puntas encontré una fragata holandesa, de treinta y dos cañones, que cruzaba por aquellas aguas. Apenas me avistó, dirigióse hacia mí para saber quién era; y como yo también la había divisado y tenía esperanzas de empeñar el combate, icé el pabellón holandés, á fin de no infundir alarma; pero cuando estuvo á tiro de cañón cambiéle por la bandera francesa é hice señal para que amainase. En vez de hacerlo así, me disparó atrevidamente una andanada, recibiendo, en cambio, otra de mi buque. El combate comenzado de este modo continuó desde la mañana hasta las cuatro de la tarde, sin que fuera posible acercarnos lo suficiente para romper el fuego de fusilería, que es lo más eficaz en semejantes buques; y tampoco pude impedir que la fragata se aprovechase del viento para anclar bajo la protección del fuerte del Cabo de Tres Puntas, donde se hallaban otros dos buques holandeses, armados de catorce y veintiocho cañones respectivamente. Sospechando que todos tres volverían para combatirme, me alejé, y durante todo un día permanecí anclado á una legua de distancia, esperando que irían á buscarme; mas no lo hicieron. El capitán de un pequeño buque portugués que después encontré díjome que habían obligado á otro capitán francés á salir de la costa.

Convencido, por lo tanto, de que el enemigo no se batiría, y no juzgando prudente atacarle bajo los cañones de la fortaleza, resolví dirigirme á los Cabos López y Príncipe y á las islas de Santo Tomás. En esta travesía capturé un buque inglés de veinte cañones, que conducía trescientos cincuenta negros, con cargamento de marfil y cera. El capitán me dijo que venía de Ardra, una de las principales ciuda-

des de Guinea, situada á orillas del mar y residencia de un príncipe que tiene extensos dominios. Allí había embarcado quinientos cincuenta negros; pero algunos habían sido muertos á consecuencia de un motín contra él, y otros se escaparon.

A la vista de la isla del Príncipe apresé un pequeño buque de Brandeburgo, que montaba ocho cañones, con sesenta tripulantes. Cruzaba por aquellas aguas, apoderándose de todas las barcas que encontraba, sin distinción de nacionalidad. Después me fuí al puerto para limpiar mi buque, que lo necesitaba mucho, y desembarazarme del buque inglés apresado. Resolví enviarle á Santo Domingo; pero, según supe más tarde, una fragata de guerra inglesa lo recobró. Para que mi gente no estuviera ociosa, mandé que carenaran el buque, y, embarcándome yo en el de Brandeburgo con noventa tripulantes, fuí á cruzar durante seis semanas en la costa de Guinea.

Como no encontrara enemigo alguno, volví á la isla del Príncipe, y después de abastecerme de víveres mandé levar anclas y me hice á la vela con rumbo á Santo Tomás, donde me proponía vender la presa de Brandeburgo. La cambié por algunos víveres, porque no tenía suficientes para la tripulación mientras cruzase por la costa de Angola, donde pensaba permanecer cinco ó seis meses, á fin de evitar el encuentro con tres buques de guerra enemigos que se armaban en la ciudad de Guinea, con el propósito de ir á buscarme á la isla de Santo Tomás, en cuyas aguas creían que yo cruzaba. Al salir de esta isla ví un buque anclado, y le dí caza largo tiempo; mas no pude impedir que ganara la isla de Santo Omers, á causa de haber sufrido varias averías, perdiendo por esta causa ciento cincuenta libras de polvo de oro.

Después nos hicimos á la vela para la costa de Angola, que estaba á ciento cincuenta leguas al otro lado de la línea, y llegué el 22 de septiembre. Hallándome á nueve millas del puerto de Cabinda, se nos avisó que había dos buques ingleses con negros en aquellas aguas, y, en su consecuencia, me pareció lo más oportuno hacerme de nuevo al mar para volver al día siguiente á favor del viento SO., que generalmente sopla hacia tierra. Al amanecer avisté un buque con pabellón inglés que se dirigía hacia mí; supuse que no era de guerra; pero poco después pude convencerme de que montaba nada menos que cincuenta y cuatro cañones. Apelé á toda mi destreza para engañarle, izando con este objeto pabellón holandés, á fin de acercarme más fácilmente; mientras que el enemigo no omitió por su parte artificio alguno para sorprenderme, procurando á su vez aproximarse, para lo cual disparaba de vez en cuando un cañonazo como en son de amistad. Cuando me hube penetrado de la intención del enemigo, hice además de esperar hasta que llegase, navegando con lentitud para que creyera que mi buque estaba pesadamente cargado, ó que me entorpecía la falta de velas y de manos. De esta manera procedimos los dos desde el amanecer hasta las diez

de la noche. El buque inglés seguía disparando un cañonazo á intervalos, como para asegurarme que era mi amigo; mas, viendo, al fin, que yo no contestaba del mismo modo, y hallándose á tiro, me disparó un balazo, al que contesté al punto izando el pabellón francés.

El capitán inglés, sin vacilar ya más, soltó dos andanadas, las cuales recibí sin contestar con un solo tiro, aunque mataron siete hombres, porque tenía esperanzas de acercarme más, para impedir que el enemigo se alejara de mí. Proponíame ponerme á tiro de fusil, deseoso de que el otro tuviese oportunidad de dar una prueba de su valor abordándome, lo cual no podía yo hacer tan bien como él á causa del viento.

Al fin, estuvimos á tiro de mosquete, y una descarga de mis hombres, ocultos en la cubierta, se repitió con tan buen efecto, que el enemigo comenzó á vacilar. Entretanto, la tripulación del buque inglés, compuesta de trescientos hombres, viendo que de nada servían sus cañones, resolvió abordarnos, é hizo, amenazando con no dar cuartel si no nos rendíamos. Por desgracia para el enemigo, sus garfios no prendieron en nuestra popa, y el buque se corrió sobre el bauprés, arrancándole. Entonces, viendo que el buque inglés tenía entorpecida la maniobra, mi gente hizo tan vivo fuego de fusilería, que al cabo de hora y media, después de perder mucha gente, el enemigo hubo de refugiarse bajo las cubiertas, y poco después hizo señales pidiendo cuartel. Entonces di orden de cesar el fuego, ordenando á los ingleses que se embarcaran en sus botes y vinieran á bordo, en tanto que algunos de los míos pasaban al buque enemigo para impedir una sorpresa.

Mucho me regocijó esta victoria, tanto más cuanto después de haber apresado aquel buque, que era el guardacostas, y el más grande que tenían los ingleses en aquellos mares, me hallaría en condición de atacar cualquier buque de guerra que encontrara y hacer presas de mayor importancia. Mi tripulación estaba muy satisfecha también, y trabajaba alegremente; pero el capitán del buque inglés había dejado un fósforo encendido junto á la Santa Bárbara, con la esperanza de escapar en sus dos botes, y al incendiarse la pólvora produjo una terrible explosión. Imposible es describir aquel espantoso espectáculo. Los que le presenciaban, siendo actores en aquella sangrienta escena, apenas creían lo que estaban viendo; y tal fué la confusión, que nadie podía darse cuenta de lo que pasaba. El lector puede imaginarse cuál sería nuestro horror al ver dos buques estallando en el aire, mientras que á grande altura se formaba, como si dijéramos, una montaña de fuego, de agua y de restos informes. Lo tremendo de la explosión abajo, el estallido de los cañones en el aire, el crujido de los mástiles y tablas, el rechinar de los cordajes y aparejos, los gritos de los hombres, todas estas cosas, formaban un conjunto aterrador difícil de describir, y,

por lo tanto, debo limitarme á narrar lo que me sucedió.

Cuando se prendió fuego en el buque, yo estaba en el castillo de popa dando órdenes, y á tal distancia de la cubierta, que, según creo, la altura fué lo único que me libró de perecer en la catástrofe irremisiblemente. Me dejé caer al mar, y permanecí largo tiempo debajo del agua, sin que me fuera posible ganar la superficie. Al fin, luchando como aquel que teme morir ahogado, elevéme y cogí un pedazo de mástil que tenía cerca. Después, como viera á varios de mis hombres nadando á mi alrededor, traté de reanimarlos, diciéndoles que aún quedaba un medio de salvación si se conseguía alcanzar uno de los botes. Lo que más me apesadumbró en aquel momento, á pesar de mi desgracia, fué ver dos medios cuerpos, que aún conservaban, sin duda, algún resto de vida, elevarse sobre la superficie del agua y desaparecer después, dejando teñidas de sangre las olas en que se sostenían. También me infundió profunda compasión ver muchos miembros y fragmentos de cuerpos, adheridos algunos á restos de madera. Al fin, uno de mis hombres, habiendo encontrado un bote casi entero entre los restos que sobrenadaban en el mar, díjome que era preciso tapar algunos agujeros y esforzarnos para coger la lancha que había á bordo. Quince ó diez y seis de los nuestros, sostenido cada cual en una tabla, casi alcanzaron el bote, y esforzándose después para desenganchar la lancha, lo cual se consiguió, no sin haber vencido muchas dificultades. De este modo pudimos pasar á bordo, y, una vez allí, se salvó al primer artillero, que tenía la pierna fracturada á consecuencia de un balazo que recibió al comenzar la lucha. Después tomamos tres ó cuatro remos, ó tablas que sirvieron de tales. buscáronse un pequeño mástil y una vela, y, hechos los preparativos necesarios, nos confiamos á la protección de la Divina Providencia, de la cual dependía nuestra salvación.

Cuando hube concluido mi parte de trabajo, observé que estaba manchado de sangre, la cual manaba de una herida que me había inferido al caer. Después de lavarla bien, hice una especie de apósito con mi pañuelo, y un vendaje con el faldón de la camisa, practicándose la misma operación para otros que estaban igualmente heridos.

Entretanto, nuestro bote avanzaba sin rumbo fijo y sin que supiéramos á dónde íbamos, siendo lo peor que no teníamos víveres y que habíamos estado mucho tiempo sin probar bocado. Uno de mis hombres, á quien atormentaba el hambre y la sed, murió por haber bebido agua de mar, y los demás tripulantes provocaban de continuo, sin duda por las grandes cantidades de agua que habían absorbido cuando se hallaban entre las olas. En cuanto á mí, padecí mucho, y mi cuerpo se hinchó; pero después mejoré, lo cual atribuyo á una cuartana aguda que me sobrecogió á poco.

(Se concluirá)

VARIEDADES

UN FALANSTERIO

Si resultan exactas las noticias que un periódico francés publica, en la Exposición de 1900 se verá realizada la grandiosa obra considerada como una fantasía, y que tan preconizada fué por Fourier y Víctor Considerant: la fundación de un falansterio.

calificarse de cooperativa, se tuvo presente más que nada la participación de todos en los beneficios que la idea del fourierismo.

Este establecimiento, llamado *familisterio*, nos parece mejor que el falansterio, que tiene algo de conventual, y aun hoy existe y goza de una prosperidad envidiable.

En él se ha llegado á obtener este resultado inesperado: hacer el trabajo agradable hasta donde es posible, procurando utilizar, para



EL CAPITÁN MONTAUBÁN: Los indígenas trataron de borrar nuestra compleción

M. Eugenio Barat, presidente de la Liga del progreso social, se propone realizar la teoría fourierista.

La idea no había pasado hasta aquí del terreno de la teoría pura. Todas las tentativas realizadas para su planteamiento habían fracasado, salvo, sin embargo, una: la de mister Godin, que hace treinta años fundó el *familisterio* de Guisa, en el departamento del Aisne.

Los esfuerzos de Godin resultaron coronados por el más feliz éxito, y llegó á crear un grande establecimiento metalúrgico en que el problema de la distribución del trabajo fué hecho de tal modo, que con la mayor cantidad de brazos se obtiene más trabajo y mayor rapidez en su ejecución, quedando aquél de hecho resuelto.

Pero en la empresa de M. Godin, que puede

conseguirlo, la afinidad y el gusto de cada obrero.

Pero lo que se propone fundar la Liga del progreso es la *commune societaria*, que es la verdadera concepción de Fourier.

M. E. Barat estuvo en tratos con la ciudad de París para la adquisición de 150 á 200 hectáreas de tierras de las que posee aquélla en las cercanías de Acheres; pero no pudo obtenerlas, porque el Ayuntamiento se propone fundar allí un establecimiento agrícola.

Pero á pesar de esto, no se ha desanimado, y continúa buscando un terreno á propósito. Entretanto, se ha formado un capital, y será constituida regularmente una sociedad industrial que se propone hacer funcionar el primer falansterio cuando se inaugure la Exposición de 1900.